

Eulalia

El año pasado conocí a Eulalia. Ciertos azares la llevaron a venir a vivir en mi piso como compañera de alquiler. Ahora que ya se ha ido, me doy cuenta de lo poco que me contó de su vida. Tengo el recuerdo de su cara afilada. No sé si decir que era pálida. Realmente no sé si trabajaba en algo, o estudiaba, o adónde iba cada día. Me he dado cuenta también de que no tengo a quién preguntar por ella. No sé a quién puede haberle dado noticias. Los que parecían amigos suyos, y que he logrado interrogar después de dar mil vueltas para encontrarlos, se han encogido de hombros y me han mirado con extrañeza. Todos dicen que la conocían de dos o tres veces, como de casualidad, y que lo que sí creían es que estaba conmigo, que éramos pareja, o algo.

Eulalia me escuchaba después de las cenas que yo hacía para los dos. Era una gran comilona que celebraba tanto los platos que siempre era gustoso cocinar para ella. No sé si por educación o por agradecimiento, después soportaba unas charlas en las que casi hablaba yo sólo. Tomó una actitud de pupila que esucha entre asombrada e interesada al profesor, creo que con agrado. Hoy ya no sé que pensar. Creo que se fue de casa por culpa de nuestra última charla, pero tampoco estoy seguro. Ciertos detalles escénicos con los que yo decoraba esas conversaciones (los cuales mi pudor prefiere callar) me permiten ahora, no obstante, poder transcribir fidelísimamente lo que se habló esa última y llorada noche.

Yo: ... y así se llega a la paradoja de que, por ejemplo, el fonema “p” siempre se nos presenta como el mismo, aunque el sonido “p” que suena siempre sea distinto.

Eulalia: ¿Por qué sabes que siempre es distinto?

Yo: Bueno, eso es lo que se dice. Por ejemplo, hay gente que con determinados aparatos es capaz de analizar cada sonido y comprobar que nunca dos pes suenan exactamente igual.

Eu: Para eso, entonces, tienes que prestarle fe a esos aparatos y a esos técnicos. Pero ¿por qué hacer eso? Porque si quieres poner un ejemplo donde se demuestra la falsedad esencial de las cosas, parece normal que no se requiera de antemano tener que prestar esa fe a ningún aparato ni a ningún científico.

Parece que debería ser algo previo a ellos.

Yo: Y es previo a ellos. No te olvides que es un ejemplo. Antes del aparato y del científico esa falsedad aparecía de otras formas. Pero eso en realidad no me importa. Lo que sí importa es que esa fe en la técnica que asegura que dos “pes” nunca son exactamente iguales, está aquí y ahora actuando.

Eu: Entonces eso no parece ninguna falsedad esencial.

Yo: No, ni esencial ni no esencial. No me oírás a mí discutir sobre esa palabra tan usada por los cultos. Porque entre que deciden qué es o no la esencia, se les olvida lo que yo ahora estaba diciendo: que es una mentira, sin más. Es mentira porque es una contradicción (vuelvo a repetir), primero: asegurar que dos pes nunca suenan o son la misma (y lo asegura la fe reinante en la ciencia y en sus aparatos de medición, cuando no el simple oído), y segundo: tomarlas, sin embargo, por la misma cosa cada vez que se escucha, puesto que entendemos siempre la palabra “puerta”, sin distinción de una u otra vez. Y esto es posible porque tomamos siempre la pe como siendo la misma cosa, y lo mismo con los demás sonidos. Creo que aparece clara la contradicción. Y, además, podemos decir que esta contradicción es constitutiva del

lenguaje. Si una pe no fuera siempre una pe, no podríamos decir ni oír una sola palabra.

Eu: Pero entonces, antes de esos aparatos que son capaces de medir las ondas y compararlas, y por tanto antes de que nadie tuviera fe en ellos, ¿cómo es posible que hablaran usando lenguas parecidas a la nuestra, si no había ocasión a que se produjera esa contradicción que dices que es constitutiva del lenguaje?

Yo: ¿Cómo? No sé si te entiendo, pero creo, querida Eulalia, que este tipo de cosas las teníamos más claras. Te tengo que repetir, como tantas veces te he dicho, que las historias de romanos no nos interesan. Porque invocar lo remoto, por ejemplo, hacer suposiciones sobre cómo se hablaba hace quince mil años en Mongolia, para intentar anular la denuncia de la mentira que funciona ahora, no es, ni más ni menos que la misma trampa que intentar paralizar la denuncia preguntándose por la esencia de la cosa. Pero, además, con una cosa tan sencilla y tonta como esta, si a pesar de todo transigimos en hablar de la historia, no habría la dificultad que creo haberte entendido (la de que en tiempos remotos no habría contradicción, porque no había ciencia, y por tanto no habría lengua fundada, como yo he dicho, constitutivamente en esa mentira). No habría dificultad, porque la ciencia ahora asegura que también en Mongolia hace quince mil años, cada vez que se decía una pe, se hacía con sonidos que nunca serían exactamente iguales. Pero todavía más: como seguro que tú misma ya has pensado, no hace falta ningún aparato ni ningún científico para darse cuenta de la diferencia de los sonidos que se toman como siendo el mismo. No hay más que pensar en el distinto timbre de un niño y un de un señor diciendo “puerta”, para estar de acuerdo en que las dos pes no son sonidos iguales, y, sin embargo, los tomamos por el mismo, y entendemos siempre “puerta”.

Eu: De acuerdo, no haría falta ningún instrumento de medición, pero igualmente nos podemos preguntar, entonces, si en aquel tiempo se habían dado cuenta o no (de puro oído) de eso que dices. Esto en cuanto a lo último que has dicho, transigiendo a hablar de la historia. Pero atiendo tus razones y entiendo lo del recurso estéril a la historia, porque como dices otras veces, toda ella está aquí y ahora. Ahora bien, contra eso, aplicado al caso que tratamos, tengo que decir lo siguiente: puesto que se trata sobre si dos sonidos son o no exactamente iguales, en primer lugar hay que decir que parece claro que los dos no pueden estar aquí y ahora. ¿Tengo razón?

Yo: Sí. Pero aún más: ni siquiera uno de esos sonidos puede estar aquí y ahora.

Eu: Bueno, de momento me quedo con que los dos no pueden presentarse juntos. Lo otro que añades, veremos si de verdad lo dices en serio.

Yo: ¿Qué quieres decir?

Eu: Luego te lo digo. Ahora, puesto que los dos sonidos no pueden estar aquí y ahora, tenemos que reconocer que el asunto que tratamos, en sí mismo, es un asunto histórico, puesto que es una investigación de algo pasado.

Yo: Sí, por supuesto. Pero me parece que das una vuelta muy grande para venir a lo que tantas veces decimos. Eso no es ni más ni menos que la realidad. Por tanto es mejor decir que es un asunto real (en vez de histórico). Siempre se comparan, claro, sonidos reales (o pasados, que es lo mismo). En eso, no hay diferencia ninguna entre comparar dos sonidos que

sonaron en Mongolia hace miles de años, que hacerlo con dos sonidos que acabáramos de oír ahora. Lo que te decía es que no es necesario recurrir a ese trozo de pasado que convencionalmente se llama historia, más o menos remota. Y precisamente no es necesario porque, al fin, no es sino mismamente pasado (o realidad), tal y como lo serían los hechos que acabáramos de registrar hace cinco minutos.

Eu: Bien, pero ya es diferente decir que es innecesario a que sea impertinente. Incluso creo que es ventajoso, aunque sólo sea, reconocer que es impertinente simplemente por no ser necesario.

Yo: Mira, Eulalia, te estás ya metiendo en preciosismos retóricos que siempre intentamos evitar. Así que no nos perdamos. Vete al tema, si es que tienes, como parece, alguna cosa que decir.

Eu: Razón no tiene tema.

Yo: Ya. Suele ser así como se evita a la razón, porque se evita ir al meollo del asunto. Así que, aunque sea invocando a la razón misma, se aprovecha para despistarla y echarla con cualquier cosa más o menos ingeniosa, que tenga más o menos que ver, que sea más o menos llamativa.

Eu: Sí, pero también ocurre al revés. Tan frecuente como lo que dices es que se evite lo que está en razón so pretexto de que no es ahora el tema, o de que no es ahora el sitio, o de que eso cae dentro de un área especializada que hay que dejar a expertos...

Yo: Te parece a ti que así dices algo distinto. Pero estás diciendo precisamente lo mismo que yo. El que diga “ahora no es el momento de eso” o “eso dejémoslo a los que saben”, cuando verdaderamente sí era lo apropiado a razón, entonces está camuflando el verdadero tema con algo que pone por medio. Ni más ni menos que lo que te he dicho.

Eu: ¿Y cuál es el tema de razón? Supongo que no lo podemos saber.

Yo: No, no lo sabemos, así, en general.

Eu: Bien, pues eso creo que es lo que decía yo. Pero paremos esto aquí. Porque, si no, te puedes ver tentando de pedirme que me centre en el asunto del tema de razón. Todo para que, al final, si te pregunto sobre eso, me tengas que acabar diciendo que es lo mismo que el tema de razón y, en definitiva, que es lo mismo que razón, si bien no sabemos lo que eso pueda ser, así, en general. ¿No?

Yo: Exactamente.

Eu: Pero lo que pasa es que al decir “venga, vete al tema” suena a que se da por más que conocido lo que eso es. Suena a “venga, déjate de pamemas, y habla lo que se espera que hables”.

Yo: Quizás suene así. A veces no se eligen del todo bien las palabras. En cualquier caso, ya has visto que hemos podido ponernos de acuerdo en eso del ir al tema. No le des más importancia.

Eu: No se la doy. Pero a lo mejor no deberíamos pasar por alto esta confusión sin importancia. En vez de verlo como algo casual, como algo que es un tropezón que de una forma u otra se iba a haber solventado, a lo mejor podríamos estrujar esto que ha pasado, por si sale algo de provecho.

Yo: No sé, Eulalia. Eso de estrujar no lo veo claro. Pero como estás parlanchina y con ímpetu esta noche, pues nada, estruja lo que quieras. Pero no te prometo aguantar muchas filigranas dialécticas.

Eu: No, mira. Parece que se repite insistentemente lo mismo. A medida que alguien habla, parece que, a la vez que dice las cosas que dice rectamente, va dejando otras cosas, no se sabe

dónde, como también dichas. Son cosas y más cosas que parecen sustentar a esas otras que verdaderamente dice. Tomando como ejemplo lo que tu has dicho de “vete al tema”, decía yo después que eso parecía a su vez dejar por sentado que conocíamos muy bien el tema ese adonde yo tenía que ir.

Yo: Mísero ejemplo has elegido para todo lo que hay detrás de lo que dices.

Eu: Bueno, siempre hay que coger lo que está a la mano.

Yo: Ya. Vamos a ver, Eulalia, antes de que te pongas a estrujar. ¿No crees que esas cosas que quedan supuestas, estaban de alguna forma ya ahí, y no se han dicho (o mejor *subdicho*) en el acto de hablar? Y, por otro lado ¿crees que está ni siquiera medianamente claro qué es lo que se puede entender que se dice rectamente cuando decimos una frase? Me parece que tal y como planteas la cosa no vas a poder avanzar mucho.

Eu: Eso no lo sabemos. En cuanto a qué se dice rectamente no creo que esté claro, como dices. Y no lo creo porque me parece que no se dice nada rectamente. Pero es muy conveniente empezar a fijarnos en eso porque se cuenta a menudo con que sí, con que hay algo que hemos dicho rectamente, aunque se reconozca, como tú, que es muy difícil aclarar lo que es. Esto por lo que respecta a lo último que has dicho.

En cuanto a lo primero que me has preguntado de que si eso que se *subdice*, en realidad estaba ya ahí, no sé si dejar pasarlo, porque cae de lleno en algo que es de lo más raro de lo que tengo noticia.

Yo: Aclara eso.

Eu: O sea, que no quieres que nos lo saltemos.

Yo: No. Ahora invoco yo a razón. Y razón es lo único que no hace: saltarse cosas. A veces las demuele, otras se da la vuelta y se larga (o más bien la echan)... pero no sabe saltarse nada. Así que... a ver qué es eso tan raro.

Eu: Pues vamos a ver. Estamos tratando de esas cosas que pudiera decirse que van supuestas cuando hablamos; que pudiera decirse que las decimos sin decirlas. Por ejemplo: si César le dice a Lola “Un momento, voy a beber un vaso de agua y ahora vuelvo”, podría ser, entonces, que otro señor (llámese C) que hubiera visto la escena pudiera decir: “Lola, después de escuchar a César, está suponiendo que César tiene sed”. O, dicho de otro modo, “César ha *subdicho* que tiene sed”. Aunque, rectamente, parece que César no ha dicho que tenga sed, sino que sólo ha dicho que va a beber agua.

Yo: Creo que metes demasiados personajes innecesariamente.

Eu: Sí, pero aun así me quedo con todos.

Yo: Además, te advierto que eso de “rectamente” no se suele emplear como lo haces tú. Más bien se suele oponer a que se diga algo metafórica o figuradamente. Y tú creo que lo empleas en el sentido de que algo se diga expresamente. Por ejemplo, si el poeta dice “al griego leño”, se suele decir que “leño” no se emplea en sentido recto sino metafórico, porque, en realidad, con él está mentando un barco. Pero parece que no podemos decir que se ha subdicho “barco” en la misma forma que dices que ha ocurrido con la sed de César.

Eu: Sí, entiendo lo que dices. Pero no me importa mucho esta confusión porque al final, como te decía, se trata de deshacernos de eso de que se pueden decir cosas “rectamente”, tanto en un sentido como en otro.

De momento, lo que sí parece claro es que la suposición que C le atribuye a Lola (sobre la sed de César) viene de lo que ha dicho César. Si César no dice eso, Lola no supondría que

tiene sed. Pero, claro, por otro lado, César no ha dicho nada de que tenga sed.

Yo: Nada de eso. Si te empeñas en meter a C, entonces la atribución de que Lola supone algo habrá que imputársela a C, que para ello habrá tenido que decir (o pensar) “Lola supone que César tiene sed”. Si no, no hay sed por ningún sitio. Sin la palabra “sed” nadie puede tener sed.

Eu: Dejemos por el momento fuera las palabras, porque no hacen falta. Efectivamente, el papel que tiene C en este ejemplo es un papel extravagante: es alguien que se dedica a pensar lo que suponen los demás. Pero por ser extravagante a lo mejor nos sirve bien. El caso es que, si fuera verdad lo que piensa C, Lola ha pasado a suponer o a creer que César tenía sed. Cosa que antes no creía y que parece haber aparecido misteriosamente dentro de las cosas que cree Lola.

Yo: No paso por ahí. Si fuera verdad lo que ese C extravagante pensaba, entonces es que Lola había pensado eso de que César tenía sed. Porque si no lo había pensado, no tiene ningún sentido decir que lo cree ni lo deja de creer.

Eu: Yo en el ejemplo me imagino algo como que Lola y César estaban jugando a la escoba. Cuando César ha dicho eso, Lola se ha puesto a repasar los tantos mientras espera que vuelva César para seguir jugando. O sea, que no ha pensado que César tenga sed.

Yo: Bueno, entonces el señor C se equivoca al decir que Lola supone algo.

Eu: De acuerdo. Pero cuando ha vuelto César y ha dicho “La verdad es que no tenía sed”, Lola, con cara de sorpresa, se ha reído y ha dicho: “¿Cómo que no tenías sed?”.

Yo: Y quieres decir que si se sorprende es que de alguna forma estaba suponiendo que César tenía sed.

Eu: Sí. Y lo mismo con la risa. Poca gracia le haría saber que César no tenía sed si no estuviera en que sí la tenía.

Yo: Ya. Pero fíjate que el caso es que alguien ha tenido que mencionar la sed para poder decir en algún sentido que Lola había supuesto algo sobre la sed de César.

Eu: Bueno, pues ahí tienes lo raro. Aunque te empeñas en que para haber suposición tiene que hablarse del asunto de la sed, no has podido librarte de que había sido *antes* cuando Lola lo había supuesto. De hecho la propia Lola podría haberle contestado a César: “¿Cómo que no tenías sed? Yo creía que te morías de sed por haber interrumpido la partida así”. Y referiría esa creencia en la sed de César al momento en que César dijo que iba a beber agua.

Yo: Bueno, si lo que vienes a decir es que en una creencia se está, se cuenta con ella, oponiéndose a las ideas que se piensan...

Eu: Sí, pero sobre todo quiero hacerte ver lo raro que es eso. No sé quién advertía (con cierto tono tranquilizador) de que no se vieran cosas muy raras en las creencias: decía que, al fin, sólo eran aquellas cosas que eran creídas. Lo cual está bien, siempre entonces que nos demos cuenta de lo rarísimo que es eso de creer algo. Porque, volviendo al ejemplo, si no se ve de ninguna manera desmentido que César tenía sed, parece que eso de que Lola supuso nada sería un invento del extravagante C. Pero el anuncio de César de que no tenía sed, y la sorpresa de Lola al oírlo, hacen que pensemos que esa suposición se *arrió* a Lola sin saber muy bien cómo, y, digamos que sin enterarse, se contagió de esa creencia. Es como si se le hubieran pegado los piojos sin saberlo y le empezarán a picar después.

Yo: Ya. Me parece que ves demasiado misterio en eso de las creencias. Te lo digo porque sí podemos saber cómo se

contagian. Si bien es cierto que no es la convicción expresa la forma en que nos contagiamos de ellas, yo no pondría una barrera muy nítida entre las ideas que nos cuentan y las creencias: es en las palabras, en especial en las que tienen significado, por donde se nos infiltran esas ideas o creencias, yo no distingo mucho.

Eu: Sí, las palabras salen otra vez. Pero aunque admitiéramos esa culpabilidad de las palabras ¿qué más da?. Quiero decir que sigue siendo una cosa rarísima eso de creer en algo; que haya creencias que nos empujan (o nos sostienen) sin que las veamos cara a cara. A lo mejor, incluso, se podría decir que esto de las creencias es lo raro en absoluto. O sea, que cualesquiera rarezas que haya por ahí no son sino una aparición de la cosa *creer*... Te confieso que cada vez que llego a este punto en que aparece el creer, me quedo paralizada... Por eso, cuando me has preguntado si eso que subdecimos estaba ahí o no, quería escapar del tema... Yo iba a otra cosa que debe tener muy poca importancia pero que se me repite mucho.

Yo: ¿Y qué es?

Eu: Pues esto: Imagina que esoy hablando con uno, y por todo lo que va diciendo parece suponer que eso de ahí es un elefante. Yo, extrañada, le paro y le digo que eso más bien parece una taza. Hasta aquí, si te fijas, es todo normal. Tanto si ese uno es cualquiera con el que hablas por ahí, como si soy yo la que hablo conmigo misma, estas cosas son las que, en abstracto, espero que ocurran al ir hablando. Esto es, se van dejando cosas dichas (más o menos explícitamente) que llega un instante en que nos parecen intolerables y que tenemos, primero, que aclarar expresamente que se han dicho (o supuesto) y, segundo, tenemos que desmentirlas. Esto parece normal, y no espero que hablar (o pensar) pueda consistir en otra cosa. Lo más sorprendente es lo que muy a menudo me pasa después: una vez que, desmintiendo que eso sea un elefante, digo que más bien parece una taza, ese uno con el que hablo, para mi asombro, se justifica con que, primeramente, él no ha dicho expresamente que eso sea un elefante y, después, da toda clase de explicaciones sobre tazas, conoce sus tipos, su historia, te aduce informes, testimonios de expertos.... En fin, que resulta ser una especie de erudito en tazas. ¿A ti te pasa eso?

Yo: Pues... no sé que decirte... Lo que no aclaras es si empieza por reconocer paladinamente que eso es una taza.

Eu: Pues lo normal es que ni lo reconozca ni deje de hacerlo.

Yo: Y quieres decir que llama la atención que precisamente sepa de tazas el que hace como que una taza es un elefante.

Que es como si premeditadamente alguien haya dicho: “vamos a hacer pasar esa taza por elefante. Lo mejor, para ser convincentes, es llamar a un supuesto experto en tazas”.

Eu: Para decirlo pronto y exageradamente sirve eso. Pero inmediatamente tenemos que incluírnos nosotros mismos en esas artimañas, puesto que, a mi parecer, constantemente hablamos y pensamos así sobre los asuntos más variados.

Yo: Si puedes aclararte un poco...

Eu: Sí. Digo que parece una necesidad estar advertido repetidamente y en detalle sobre lo que son las tazas para, donde pudiera haber una, dejar de verla.

Yo: No sé si te entiendo bien, pero me parece que tienes ahí algún lío. Lo que suele ocurrir es que sabemos tanto de elefantes que los acabamos viendo. Somos unos expertos en la realidad que vemos. Por eso, lo que desde luego se necesita es tener una fe firme en que hay tazas para que creas haber visto una. O para que creas dejar de verla (¡qué más da!).

Eu: Sí, esto de la fe (o del creer), con lo raro que digo que es, siempre anda metida en el bollo.

Yo: La fe es el bollo mismo.

Eu: Esa es una frase bonita, pero nada cierta. Hay bollo porque hay fe, pero fe que falla. El bollo es el revoltijo de la buena y de la mala fe. Sin tener mala fe, no hay bollo. Lo que pasa es que a veces reparamos en esa mala fe (o fe defectuosa), y encima nos da por ocultarla y *hacer como si nada*: es lo que se llama obrar de mala fe... Pero ya estamos otra vez con lo de creer...

Yo: Bueno, parece que en realidad lo que más te interesa no es el creer sino el mal-creer.

Eu: Sí... ¿Sabes? a veces se me ocurre pensar que el tiempo no es sino lo que la mala fe segrega. ¿Qué te parece?

Yo: Me parece otra frase. De todas formas, no me extraña que te parezca lo de creer y mal-creer algo tan raro, si se dedica a hacer porquerías como la de segregar tiempo... Pero estabas con lo de los elefantes y las tazas, que no me he enterado bien. ¿Tienes algo que decir sobre el lío de las tazas que se ven o se dejan de ver?

Eu: Sí, vamos al lío. Voy a ver si veo dónde crees que está.

Yo: Si quieres te lo digo yo: veo el lío en que denuncias la fe en en las tazas para decir que esa fe es precisamente la que impide (a veces) no ver las tazas donde las hay. Con lo cual el lío está en que pareces insinuar que sin fe en la taza es cuando podríamos ver alguna taza... y esto es absurdo.

Eu: Ya entiendo el asunto. He dicho, por un lado, que las creencias son cosa (por llamarle algo) rarísima, y que, por tanto, habría que tratarlas con mil precauciones. Por otro lado, decía que saber sobre tazas o estar advertidos sobre ellas (dejando aparte la fe) en ocasiones era lo que nos impedía ver una taza.

Yo: Me da igual, para el caso, la fe que el saber. Sin saber lo que es una taza no podrías ver una (o dejar de verla).

Eu: No sé si te parecería mejor que dijera que el saber mucho de tazas nos impediría (en ocasiones) ver algo que pudiera haber por ahí.

Yo: Eso ya cambia totalmente. Algo así ya hemos dicho muchas veces: el saber cumple una misión mortífera porque nos quita posibilidades... Si vienes a decir eso, muy bien. Pero desde luego para ello tienes que dejar a un lado lo de que pueda haber “una taza”. Porque si sigues confiando en que puedes ver una taza verdadera... no has hecho nada.

Eu: Pero es que yo no decía nada de ver una taza, así, *suelta*.

Yo: ¿Cómo?

Eu: Sí. Que yo hablaba no de coger en la mano una taza para decir “he aquí una taza de verdad, ésta ya no se me escapa”, sino de (a lo mejor) habérmelas con una taza que anduviera por ahí.

Yo: Ay, Eulalia, quiero entenderte, pero me parece que te esfuerzas en vano. Ese intento desesperado de salvar las tazas tiene que fracasar a la fuerza. Siento tener que repetirme, pero me obligas tú al volver a lo mismo. Si empleas la palabra “taza”, querida Eulalia, te pongas como te pongas, estás sustentando la fe de que hay tazas que son lo que son; tazas que se pueden coger y que se pueden contar...

Eu: Espera. Es que yo no he empleado la palabra “taza”.

Yo: ¿Cómo que no la has empleado?

Eu: No. La palabra “taza” es una cosa tuya. Yo no he hablado de palabras en todo este tiempo. Al revés, sólo intento quitarlas del medio cada vez que las traes tú.

Yo: No digo que hayas hablado de la palabra “taza”, sino que la has usado para hablar lo que venías hablando.

Eu: No, no. Yo no he usado ni esa palabra ni ninguna otra. Sólo hablaba.

Yo: ¿Cómo?

Eu: ¿Crees que se habla con palabras?

Yo: Vaya. A ver... ¿en qué sentido lo dices?

Eu: Pues en el más normal que te imagines. Por ejemplo, en el mismo sentido que si te pusieras a hacer un puzle podrías decir que lo haces con las piezas que vienen sueltas en una bolsa.

Yo: Pues en cierta forma sí y en cierta forma no. No es lo mismo, en el sentido de que la selección de palabras mientras hablamos se hace de forma automática (o con un grado alto de automatismo), mientras que las piezas del puzle requieren nuestra atención una a una; tenemos que reparar en ellas explícitamente. Esta es la diferencia. Por lo demás, se parecen en que tanto una frase como un puzle están hechos con esos componentes básicos sujetos a cierto orden.

Eu: Dices “una frase”, pero yo te preguntaba por cómo se habla. Doy por supuesto que, entonces, también entiendes que se habla con frases. Pero es igual. Entiendo que a la patente evidencia de que mientras hablo, mientras vamos hablando, no aparecen las palabras por ningún sitio, sino que es necesario traerlas después, caer en la cuenta de ellas después, a esta evidencia, entiendo que respondes con eso de la automatización. O sea, que crees que sí estaban las palabras ya antes de ir hablando. De igual forma las frases, los fonemas o lo que sea. De forma análoga a como el aparato digestivo hace la digestión por su cuenta, tendríamos unos mecanismos que trabajan con todas esas piezas de forma inconsciente y rápida, y nos brindan, por ejemplo al escuchar, ya las piezas básicas “procesadas”. Así, conscientemente no tenemos que ocuparnos de decidir, por ejemplo, si este sonido es tal o cual fonema, sino que, *previamente*, esos mecanismos lo han hecho por nosotros. ¿Es así?

Yo: Algo así supone la ciencia. Pero eso no quita para que sea misterioso el cómo es posible eso. O sea, qué es entender o captar el sentido, que se nos presenta ya como un todo, sin que seamos conscientes de sus partes más que, como dices, después.

Eu: Sí. Pensar así es lo que lleva a tener que suponer esas máquinas automáticas que trabajan para nosotros *con antelación*.

Yo: ¿Pensar cómo?

Eu: Pensar que esto del hablar es un todo. ¿Qué menos, después, que reclamarle que tenga partes? Porque después vienen todas las filigranas para demostrar cómo esas partes (aunque sea a nuestras espaldas) son la causa del todo.

Yo: Sí, a eso se dedica la ciencia. Pero no dirás que aquí nos ocupamos de eso, sino de lo contrario. Más de una vez hemos hablado contra la fe en las causas.

Eu: Pero el caso es que la fe en las palabras sigue intacta.

Que, como vemos, es la idea de la que parte la ciencia.

Porque es esta creencia de que se habla con palabras la que hace posible algunos tejemanejes que se intentan con ellas.

Yo: Sí. Por eso denunciemos tantas veces esas palabras que son las que constituyen la realidad, que intentan pasar por verdad: las palabras con significado.

Eu: Acción con la cual, de paso, se refuerza la creencia de que se habla con palabras.

Yo: No te entiendo. ¿Cómo desvelar la mentira que intenta imponer una palabras, por ejemplo “taza”, dices que puede contribuir a tener fe en ellas? ¿Cómo al denunciarlas, además,

en conjunto, clasificándolas en grupos de más o menos mentirosas, puede contribuir a reforzar esa fe?

Eu: Pues igual que el que acusa al dueño de los dados, después de jugar unas bazas, de que este y el otro dado están trucados. Cuanto más enfurecido clame y más mandobles dé sobre la mesa, más infundirá la fe en la taberna de que la dicha en la vida, el bien, está causado por lo que salga en los dados. Y esto ocurrirá precisamente al acusar a dos de ellos de amañados o falsos.

Yo: Ya, pero lo que sí está claro es que son la causa de quién gana o pierde en el juego.

Eu: Sí. Si sólo se creyera eso... Pero si además no se creyera que ganar en el juego es bueno, no los trugaría nadie.

Yo: No, ni siquiera se tirarían.

Eu: Hombre... a lo mejor... alguna vez...

Yo: Sí, te entiendo, como lo de a lo mejor ver una taza. Pero de todo lo que dices de la creencia en que se habla con palabras, me parece que verdaderamente no has dicho nada convincente. De la evidencia de que somos capaces de hablar o de escuchar sin ocuparnos de las palabras una a una (evidencia que nadie niega), pasas, creo que gratuitamente, a decir que si yo digo “Me gusta la taza china”, no estoy empleando la palabra “taza” e imponiendo su significado más o menos establecido.

Eu: Hombre, si *dijeras* eso, habría que estar allí para oírlo y saber lo que dirías en verdad. Pero en lo que has dicho ahora, y visto ya a toro pasado, parece que sí que nos resuena eso de “taza”. Eso sí, para ello nos ha tenido que interesar quedarnos con un recuerdo de lo que has dicho, que parece tener la ventaja de poderlo guardar en el bolsillo y sacarlo cuando queramos para decir: Mira, dijo “taza”. Pero fíjate bien que si ahora hacemos esa especie de excavación arqueológica en busca de las palabras que tú has dicho (habrá que suponer que son reliquias procedentes de lo que ibas hablando), si nos encontráramos la palabra “rosa” en vez de “taza” (o sea, hablando en terminos corrientes, si hubieras dicho “rosa” en vez de “taza”), entonces no se hubiera entendido ni más ni menos que lo que has dicho, a pesar de todos los significados que traen los diccionarios (tan distintos) para ambas palabras.

Yo: Bueno, ejemplos de esos (y más llamativos) son fáciles de encontrar. Pero sigue siendo la misma cuestión: no dices nada decisivo sobre si se habla con palabras o no. La realidad es que esos restos, como tú dices, están siempre ahí.

Eu: No, no están ahí. Pero, además, no aparecen sin que se los busque. Y por eso sólo pueden aparecer después. Además, nos tienen que enseñar a conocer las palabras (un niño, aprendiendo a escribir, las juntas). Pero, ante todo, es la evidencia desnuda la que nos lo dice. Se va hablando sin que haya fonemas, ni palabras, ni frases. Las causas, curiosamente, siempre aparece después. Nos aparece esa taza suelta que dices, si acaso, sólo después de que digas que te gusta. De la misma forma, no es sorprendente (o al menos no es paradójico) que lo que se dice que son dos sonidos “pe” distintos, los tomemos por el mismo fonema. Y no lo es porque no hay fonemas mientras hablamos, por tanto no pueden ser iguales ni distintos. Los fonemas y los sonidos son cosas reales (como dices habitualmente), o sea, arqueológicas (aunque mejor habría que decir escatológicas). Son reliquias que se nos muestran sólo después. Nos las encontramos cuando nos ponemos a husmear y a olisquear, y, por cierto, no gratuitamente.

Yo: Sí, pero también curiosamente, aparecen siempre los mismo restos: las mismas palabras, los mismos fonemas... ¿cómo lo explicamos?

Eu: Bueno, porque ya nos hemos encontrado con ellas hechas y estamos *obcecados* con ellas. Parece que se nos ponen delante y no pueden dejar de convencernos.

Yo: ¿Cómo que nos convencen? ¿Quieres decir que si yo después de decir aquella frase de “Me gusta la taza china”, digo que he usado la palabra “taza” es porque me han convencido de ello? ¿Dices que es que nos obcecamos? Pero ¿cómo explicas que nos convencieran por primera vez?

Eu: Pues no lo explico, y me guardaré mucho de hacerlo.

Precisamente lo que estoy diciendo es que no pueden surgir como trozos de lo que vamos hablando, porque no hablamos con palabras.

Yo: Bueno, pero ¿ves alguna relación entre lo que hablamos y las palabras?

Eu: No puede haberla.

Yo: Entonces es inútil decir una palabra en vez de otra, ¿qué más da?

Eu: Sigues empeñado en que se habla con palabras.

Yo: Puede ser. Pero tú ¿puedes explicar por qué no puede haber *ninguna* relación entre lo que hablamos y las palabras?

Eu: Una relación será algo que nos lleve de un lado a otro con seguridad. O sea, algo con lo que podamos hacer y repetir un camino entre *lo que decimos ahora* y las palabras. Pero lo que decimos ahora no hay forma de garantizarlo.

Yo: A mí me parece increíble que si digo “Me gusta la taza china”, no esté en relación con las palabras “me”, “gusta”, “la”, “taza” y “china”.

Eu: Pues es tan evidente en ese ejemplo como pensar que nadie establecería en ningún diccionario (o cualquier otro intento de tabular esas relaciones) que las palabras *me/gusta/la/taza/china*, están en relación con hablar para defender las relaciones de las palabras sueltas con el decir, que es lo que más o menos has hecho. Esas palabras, a lo sumo, se relacionan con cosas sueltas. Pero al ir hablando no hay de eso.

Yo: Otra vez lo mismo que ya me dijiste antes... Pero, bueno... a ver, explícame cómo es que no hay cosas al ir hablando.

Eu: Cosas sueltas, no. Por ejemplo, no hay tazas sueltas. Para ello es necesario inventar la palabra “taza”, y aún así...

Yo: Eulalia, me deja pasmado el aplomo con que dices esto... Contéstame: supongo que antes de inventar la palabra “taza”, se tendrían que haber inventado las palabras ¿no?

Eu: No. Las palabras es lo último que se inventa.

Yo: Vaya... no dejas de asombrarme. Entonces ¿se inventó antes la taza que la palabra “taza”?

Eu: Sí.

Yo: Es difícil de creer. O en cualquier caso no serían tazas.

Eu: Eso es cierto, porque no se inventaron las tazas para ser tazas. Solo había tazas que no se dedicaban a ser tazas.

Yo: ¿Y qué sabemos de cómo serían las cosas en los tiempos remotos?

Eu: Pero ¿de qué tiempos crees que hablo?

Yo: ¿Cómo?

Eu: Yo no me refería en especial a ningún tiempo remoto.

Yo: Ya, o sea, que vuelves sobre lo mismo: que las palabras vienen después de hablar.

Eu: Eso, hijo, eso.

Yo: Y antes, cuando veníamos hablando, ¿qué eran, o cómo estaban o qué clase de cosas había? O sea, cuando dices que se inventaron antes las tazas que la palabra “taza”, ¿qué

puedes contar de esas tazas que no eran tazas? Desde luego no se hablaba de ellas.

Eu: Eres inconmovible. Lo que te digo precisamente es que había tazas *cuando se hablaba*. No creas que digo que había tazas porque hubiera cosas que se usaban para beber, pero que la gente estaba callada porque no se había inventado la palabra, y que después, al inventarla, empezaron por fin a poder hablar.

Yo: Pues no se me ocurre otra forma de que se hablara de tazas sin la palabra “taza”. De cierto no sé como sucedieron las cosas, claro. Con todas las cautelas y contradicciones que al emplear nuestras palabras cometeremos con seguridad al hablar de eso del invento del hablar, pudiéramos suponer que, sin saber cómo, empezarían a pronunciarse sonidos que los hombres se irían acostumbrando poco a poco a repetir y a identificar. Estos sonidos (podríamos llamarles protopalabras) los usarían para indicar o llamar la atención sobre alguna cosa presente. Si bien todavía no habría cosas. Así pues, esas primeras palabras no tendrían significado, sino que serían palabras mostrativas. Algo como “aquí” y “esto”. Por tanto, al igual que hacemos hoy nosotros con esas palabras, se utilizarían aquéllas para indicar o llamar la atención tanto sobre el árbol como sobre el río. Será después cuando aparezcan palabras cuya misión no sería indicar o mostrar algo presente, sino referirse a cosas que no lo están, y por tanto siendo ya indicio de que se empezaría a creer en lo que dices tú que son cosas sueltas, que no son ni más ni menos que cosas. O sea, que cosas no hay sino cosas sueltas.

Eu: ¿Y para qué se empezaría a mostrar o a indicar lo que estaba presente? Quiero decir: ¿para qué mostrar lo presente, si está presente?

Yo: Misterio.

Eu: Puesto que hay tantos misterios, parecería más oportuno pensar que las palabras servirían no para lo que está presente, sino precisamente para lo que no está aquí.

Yo: Suponiendo, para ello, que en la naturaleza o mundo hubiera cosas u objetos ahí puestos. Pero eso es una simpleza, y es en la que me parece que en definitiva recaes. Sin palabra de significado no hay cosa. Y referirse a algo que no está no es sino eso.

Eu: Bueno, pero otra vez supones lo que no es. Porque yo no he dicho que aquellas más que hipotéticas primeras palabras de que hablamos se usaran para referirse a nada.

Yo: Entonces, ¿qué otra cosa se puede hacer con lo que no está aquí? ¿qué sentido tendría decir cuando no estamos en el río algo como “río”, si no es para referirse al río?

Eu: Refrescarse.

Yo: Con eso no habríamos avanzado nada. “Río” y “refrescarse” son dos cosas igual de cosas. No vemos ninguna diferencia entre que la cosa consista en ser una acción o un supuesto objeto más o menos palpable. Entonces, si “río” supones que se decía para recordar el “refrescarse”, no se trata más que un referirse a algo que se conoce, esto es, no es más que un significado. Como lo sería “río”.

Eu: Pero yo quería decir que “río” refrescase *inmediatamente*. No que significara “refrescarse”.

Yo: ¿Que recordara o evocara la sensación de refrescarse experimentada en el río de verdad?

Eu: No, no. Digo que refrescara tanto como ese río de verdad que nos cuesta tanto trabajo, lamentablemente, dejar de suponer. O sea, que la palabra trajera el río o hiciera de río, sin más. Pero no la cosa río, ni la cosa refrescarse (pues decimos que no había tales cosas), sino que hiciera lo que

hacía el río: refrescar. Sería lo que podríamos decir una perfecta e inmediata invocación.

Yo: Eulalia: ahora ya no sé que pensar. Llevas dichas cosas más o menos extrañas, y más o menos revueltas. Pero, vamos, ésta me parece que tengo que ponerla en la cuenta del vino que has bebido en la cena y de la cosa esa dulzona que no has dejado de sorber desde que terminamos con el café.

Eu: Bueno, si es por eso, tendría yo más que poner en la cuenta de esos chupitos que te tomas de golpetazo y que, sólo el olor, marearía a un caballo.

Yo: Bueno, Eulalia, pero es que lo que dices... es que la palabra “río” haría de río. O sea, que mojaría ¿no?

Eu: Sí, si te empeñas. No veo mayor inconveniente.

Yo: Pues vale. No te digo nada más sobre eso, porque sería inútil. Además, contigo no hay manera de centrar nada.

Vamos de un lado a otro, dando tumbos. Porque estabas intentando demostrar que no se habla con palabras. Dices que las palabras son unos restos que se nos aparecen después, son las reliquias del hablar...

Eu: Bueno, sí. Te decía así para hacerme entender. Pero en verdad esos restos no aparecen ni siquiera después.

Yo: Eulalia, no me asombro ya de lo que digas. Así que explícate tranquilamente. Te sirvo otra copita de eso tuyo.

Eu: Gracias. Sólo ten cuidado de no verterlo fuera... Me explico: como te parece tan evidente que las palabras las usamos para hablar, porque así lo hemos oído siempre, me parece que quitarlas de golpe sería tan incomprensible que no me llegarías a entender nada. Ni siquiera lo poco de razón que pudiera tener. Y esto no por otra cosa que la que ya te he venido diciendo: aunque se nos aparecen a veces cosas o visiones más o menos claras, nos apartamos de ellas. Y no por falta de evidencia, sino por echar mano de las cosas sabidas y resabidas y empeñarnos en cotejar eso con lo visto.

Yo: Como si hubiera alguna *relación*...

Eu: Eso. O sea, que no nos podemos creer lo que hemos visto.

Por tanto no se trata de que sea muy compleja una cosa. Ni siquiera de que esté muy oculta y haya que descubrirla.

Nuestro gran problema, incluso después de descubrir algo, está en hacerle caso. Parece que lo dejamos marchar simplemente porque nos decimos: pero eso no puede ser... Y

para convencernos, encima, sacamos los catálogos de tazas y acabamos diciendo: si ya me parecía a mí, lo que he visto ni siquiera viene aquí. ¿Cómo va a ser una taza?

Yo: Ya... pero es que si no viene en el catálogo de tazas es que no era una taza. Sería algo que no se sabe...

Eu: Sí, muchos de esos algo (como divinos, diríamos), aprovechan la incredulidad y escapan para que no se les conozca.

Yo: ¿Hablas ahora por mí?

Eu: Hablo por todos.

Yo: Vale, pero estás acabando con mi paciencia. ¿No me ibas a explicar tu último invento, eso de que las palabras ni siquiera están después de hablar?

Eu: Eso estaba haciendo, no pierdas la paciencia. Primero, decía que no hay ningún almacén de palabras (como una bolsa de piezas para un puzzle) a partir de las cuales compusiéramos el hablar. O sea, que no se trata de coger de la bolsa una pieza tras otra para montar un artilugio planificado que saliera por nuestra boca. Esta es una creencia mucho más arraigada que, por ejemplo, creer que las cosas caen por la ley de la gravedad, pero no es más caprichosa una cosa que otra. Aquella lleva, según parece, unos miles de años rondando por ahí, y no nos la vamos a quitar de encima más que en

momentos fugaces. Así las cosas, de momento decía, no que esos cachos intercambiables y manejables eran una ilusión, sino que sólo aparecían después de hablar, y no antes.

Yo: Sí, y ahora resulta que ni antes ni después, ¿no?

Eu: Espera, déjame ir discuriendo. Porque a lo que voy es a lo que he dicho de pasada: a que no hay nada parecido a eso que llamamos almacenes o listas o mapas de las formas conocidas.

Yo: Eulalia, por favor, no saques más cosas y céntrate, si es posible, en las palabras. ¿Por qué no hay palabras ni siquiera después de hablar?

Eu: Por ser tan impaciente, me interrumpes y no me dejas decírtelo. Lo que ocurre con las palabras ocurre también con cualquier otra *forma*. Digo que las palabras tampoco se nos presentan después de hablar así como así, sino sólo ocasionalmente.

Yo: Antes decías que había que buscarlas.

Eu: Sí, antes dije eso y ahora digo que no estaba del todo bien dicho. Decía eso para que no desaparecieran a tus ojos, de golpe, las palabras con las que tanto contamos (y, en general, las formas, que creemos tener en almacenes, y tan falsamente suponemos que podemos cogerlas en la mano para hacer con ellas lo que nos apetezca).

Decía que las palabras aparecen después de hablar, pero que hay que ir a buscarlas. Ahora bien, ¿por qué motivo vamos a ir en su busca? Si verdaderamente hay motivo para fijarnos en una palabra, no será necesario que la vayamos a buscar. En verdad es al revés: somos como despedidos o rechazados para ir a caer nosotros en la palabra. Nos agarraremos a esa palabra (o, en general, a esa forma) con todo nuestro empeño.

Yo: Eulalia, veo que te resulta imposible aclarar una cosa sin sacar otras mil que embrollen más el asunto. A ver, de las cosas que has soltado se me acuerda preguntarte: ¿Qué es una forma para ti? ¿Cómo es que no puede haber listas o almacenes de formas, si son lo único propicio para hacer eso? ¿Dices que una palabra es una forma? ¿Qué es todo eso de que nos rechazan para ir a caer en una forma? ¿Quién nos rechaza y de dónde?... Eulalia, empiezo a sospechar que no sabes ni lo que dices.

Eu: Sí, es muy posible.

Yo: ¿Me puedes contestar, sin desbarrar, las preguntas que te he hecho?

Eu: Has hecho tantas que no me acuerdo.

Yo: Bueno, pues las repito una a una. Si me prometes contestarlas con sencillez y brevedad. ¿Lo vas a hacer así?

Eu: No te prometo nada... A ver, pregunta.

Yo: ¿Qué es una forma?

Eu: Lo que creemos saber que ha vuelto.

Yo: ¿En qué sentido lo dices?

Eu: Absolutamente.

Yo: ¿Puedes poner un ejemplo de forma?

Eu: Ponlo tú. Es muy claro lo que he dicho.

Yo: Pues, por ejemplo, el dueño del piso, que vuelve todos los días uno a cobrar. ¿No?

Eu: No.

Yo: ¿Por qué no?

Eu: ¿A qué dueño te refieres?

Yo: Coño, ¿a cuál va a ser?: ¡Al de este piso! Al Sr. Morales, que nos sangra todos los meses.

Eu: Ahora sí.

Yo: ¿"Ahora sí" qué?

Eu: Que ahora sí ha sido el dueño de este piso un ejemplo bueno de forma.

Yo: ¿Y antes no?

Eu: No, antes menos.

Yo: ¿Cómo que menos? ¿Quieres decir que era menos dueño del piso en la primera frase que en la segunda?

Eu: Ser, era igual de dueño. Pero había vuelto menos. Parece que después de mi pregunta, el dueño del piso se te ha presentado con más violencia. No has podido sino recaer en él. Creías saber, más que antes, que ese señor lo conocías muy bien. Que no podía haber duda de eso.

Yo: ¿Y a eso le llamas tú una forma?

Eu: Sí.

Yo: No te entiendo nada. Pero, ¿la forma, en ese ejemplo, son las palabras "dueño del piso" o qué?

Eu: No, no. Este no es un ejemplo de palabras. Este es el ejemplo que has puesto tú: es el propio dueño del piso el que hace de ejemplo de forma. Nada más normal que re-conocer a una persona y afirmarse en ello. Así pues, en todo esto no hay palabras.

Yo: Pero la forma del dueño del piso parece que serían cosas como: su cara, lo gordo que está, su timbre gangoso de voz y demás cosas que no tienen porque ser sólo físicas.

Eu: Las formas del dueño del piso ya son otras cosas distintas al dueño del piso. Por ejemplo, si nos afirmamos con seguridad en que esa voz que escuchamos es gangosa, esto ya no tiene que ver con de quién es esa voz. Si nos dijeran "dices que esa voz que suena es gangosa porque sabes de quién es", diríamos, llenos de razón, que no, que esa voz es gangosa porque lo es. Da igual de quién sea. Por tanto, ves que su voz gangosa no necesita al Sr. Morales para ser eso: una voz que reconocemos y afirmamos como gangosa.

Yo: Bueno, entonces ¿cuál es la forma del dueño del piso?

Eu: No. Es él el que es una forma. Porque puede sucederte que te tengas que aferrar a él en caso de apuro. En caso de duda, te podrá ocurrir que te vayas a reposar y a calmarte en él. Eres capaz de decir "sí, ahora, viendo la foto, estoy seguro: el que iba en ese coche es el dueño del piso" o, igualmente, y sin que suponga cambio alguno: "sí, es el Sr. Morales el que conducía".

Yo: Ya. Eso es, aproximadamente, lo contrario de la forma: parece que es el fondo. Esto, por no decirle algo más grueso, como... *ser*.

Eu: Bueno, pues no se lo digas. Pero, contéstame: ¿por qué te resulta chocante que a eso que he dicho le llame *forma*? ¿Por qué el Sr. Morales no es una forma y su voz gangosa sí?

Yo: Pues porque la voz gangosa, la gangosidad, la podemos reconocer no sólo como una forma o atributo del dueño del piso, sino de muchas más personas.

Eu: Sigue. ¿Qué pasa entonces?

Yo: Pues que la forma es tal, porque es algo que aparece en diversas situaciones o sentidos que van más allá de ella misma. Es una señal de algo que, obviamente, no es ella misma. La gordura y la gangosidad son formas porque nos indican que hay algo detrás de ellas que puede ser el Sr. Morales.

Eu: Y puede que no lo sea.

Yo: Claro. Eso es lo que hace que sea una forma: que somos capaces de reconocerla como cosa aparte de la cosa donde la vemos, aunque no dejemos de verla ahora asociada a ella. La gordura podemos decir que es una forma porque, aunque la vemos en el Sr. Morales, sabemos (o creemos saber, como tú

dices) que la reconocemos como cosa aparte, y que se nos puede aparecer sin que aparezca el Sr. Morales.

Eu: Así pues, ¿por qué el Sr. Morales mismo no es una forma?

Yo: Porque no le pasa eso que estoy diciendo. No es algo que, a su vez, señale otro sentido detrás.

Eu: La gordura tampoco *indica* o señala al Sr. Morales. Puedes ver un gordo que no sea el Sr. Morales.

Yo: Bueno, pues no lo indica *necesariamente*, pero aparece en el Sr. Morales, y aparece en otras personas. Y eso es lo que no hace el Sr. Morales mismo. No es una forma porque no lo podemos abstraer como ingrediente que aparece en cosas diferentes. Eso le ocurre a la gordura, a lo blanco, a lo triangular... pero no al Sr. Morales.

Eu: Sí, y también le ocurre a la palabra “taza”.

Yo: Claro.

Eu: Pero yo digo que al Sr. Morales le pasa lo mismo que a esas cosas.

Yo: Pues dime por qué.

Eu: Tú me contaste lo que te pasó cuando estabas escuchando la banda de música en el Retiro.

Yo: Sí, ¿pero qué tiene que ver eso? Simplemente me enteré de que el Sr. Morales toca el oboe, y te lo conté porque me hizo gracia.

Eu: Bueno, me lo contaste de otra forma: me lo contaste tal y como te pasó. Me dijiste que en medio de una pieza entra el oboe solista, y que cuando te fijaste en el señor que tocaba...

Yo: Vi que era el Sr. Morales, ¿y qué?

Eu: No. Primero te quedaste *extrañado*, así me lo contaste. Y también me dijiste que después de unos instantes pensaste: “¡anda, pero si el tío del oboe es el Sr. Morales!”

Yo: Bueno, me quedaría extrañado de ver allí al Sr. Morales.

Eu: No, eso ya lo dices después. En realidad pasa el asunto tal y como me lo contaste. Primero te sobreviene el extrañamiento, el *sinsentido*. En principio no sabes lo que pasa. No puedes decir que te extrañas de ver al Sr. Morales porque no lo has visto todavía. Lo único es que estás como ido del mundo. O, si lo prefieres, que es el mundo el que te está faltando. Estás extrañado y no sabes por qué. Después (siempre después) pareces despedido del sinsentido, para ir a caer en la cuenta: re-conoces al Sr. Morales. Te acalmas del susto agarrándote a lo que conoces, a lo que se te vuelve a presentar, a lo que crees que ha vuelto. En ese instante, sí que se presentan las formas, en las que buscamos y rebuscamos con ansiedad para calmarnos. Ahí sí está volviendo el Sr. Morales convincentemente, como si te susurrara: “Tranquilo, sí, tranquilo, que no pasa nada. Soy yo, el Sr. Morales, que además de rentista y de exprimerte todos los días uno de mes como a un limón, toco, sin remordimiento alguno por ello, el oboe en la banda”.

Yo: Bueno, cuentas el caso como exagerándolo mucho, tanto no me *extrañé*... Pero, sí, la verdad es que la hinchazón como globos aerostáticos de sus mofletes y la ingravidez con que cantaba su oboe por encima de los cedros, parecían indicar que el Sr. Morales no soportaba el peso de culpa ninguna.... Pero, bueno, todo esto que dices de que el Sr. Morales hizo de calmante está muy bien, pero te falta explicar por qué dices que es una forma lo mismo que, por ejemplo, el triángulo.

Eu: Bueno, te lo diré. Pero antes te voy a decir otra cosa que sale al paso. ¿Te fijas lo raro que es el que ese sinsentido se te eche encima? ¿Lo raro que es que te extrañes?

Yo: ¿Por qué?

Eu: Porque nos hemos extrañado precisamente porque al señor del oboe lo conocíamos (o, al menos, así lo interpretamos comúnmente). Si no lo conociéramos, no nos extrañaríamos. Y todo ocurre antes de reconocer al Sr. Morales. Es como si nos empezaran a picar unos piojos que nos hubiéramos llevado de no sé donde...

Yo: Creo que no te entiendo bien. Pero ¿puedes ir a lo de la forma?

Eu: Bueno. Si tú quieres... Empiezo por decirte que a los otros oyentes de la banda de música que estaban contigo hay que suponerles la buena fe que tú no tuviste. Lo tuyo fue mala fe.

Yo: A ver, explícate.

Eu: Digo que tú no fuiste capaz de dar crédito a la banda de música como tal, cuando los demás parecían hacerlo: La señora de delante mira la banda y sobre todo a su hijo, que es el de los platillos; la niña de al lado juega con el móvil con la música de la banda como fondo, y la chica de tu otro lado parece que escucha la música. Todo está bien. Sin embargo, a ti, con la aparición del oboe, te entra la duda; o sea, dejas de tener buena fe en la banda y en el concierto. Como cuando vas por el monte y te paras en seco, y te quedas extrañado de lo que hay ante ti. Después, te viene la calma al reconocer que eso que hay ahí es una cuerda. Eso que te pasa es perder la fe en el monte; y el creer saber que estás ante una cuerda apacigua esa extrañeza (o esa falta de fe, o esa duda).

Yo: ¿“Apacigua” quiere decir que la elimina?

Eu: No, sólo que la apacigua. Porque “eliminar” suena a “para siempre”. Y la duda es lo que propiamente no se olvida en tanto en cuanto es auténtica duda (o extrañeza, o mala fe, o mal-creer, o sinsentido).

Pero vuelvo al Sr. Morales. Cuando se te aparece el Sr. Morales en el concierto de la banda de música en el Retiro (quiero decir, cuando por fin dices “ese del oboe es el Sr. Morales”) no se te está apareciendo el Sr. Morales *suelto*, o el Sr. Morales *en general*, o el *Sr. Morales-Sr. Morales*, sino el Sr. Morales que toca ahí el oboe, en el concierto que estás escuchando, pero sobre todo, el Sr. Morales que ha venido a sacarte de la extrañeza en que estabas.

Yo: ¿Quieres decir que es una perspectiva del Sr. Morales, o una de sus facetas: la de oboísta?

Eu: No. Lo que quiero decir es que, aunque aparece el Sr. Morales en cuanto tal, remarcado como solución a ese sinsentido que te había invadido (y siendo el Sr. Morales íntegramente, sin merma, porque es así como creemos saber que es él), esa íntegra aparición es inseparable de la extrañeza que viene a apaciguar, de la misma manera que la forma triangular se presenta inseparablemente con la finca cuando la vamos a medir. El Sr. Morales es tan forma, como forma es el triángulo, porque nos atenemos a él en situaciones distintas. O sea, se nos aparece como esa segura a la que agarrarnos en diferentes situaciones. El triángulo decimos que es forma porque es un ingrediente de la finca cuando la vamos a medir, y también es un ingrediente del sandwich cuando nos preguntan qué forma tiene, aunque sabemos que la finca no es el sandwich. Igualmente, el Sr. Morales se te aparece cuando me hacía la tonta sobre el dueño de este piso, y cuando te lo encontraste tocando el oboe en el Retiro, si bien sabes perfectamente que escuchar a una banda no es charlar conmigo sobre qué es una forma: es el mismo ingrediente que aparece en cosas diferentes.

Yo: Creo entenderte. Pero no tengo claro que, si las cosas pasan como dices, tenga mucho sentido decirle a eso

“formas”. Porque decir que se usa o aparece tal forma, parece que tiene una connotación de que eso es algo comprobable. Por ejemplo, si decimos que vamos a analizar la forma española “haz”, suponemos que eso no tiene por qué ser controvertible; que es hasta cierto punto evidente que ésta es una forma del español. La discusión puede estar, por ejemplo, en qué significados puede tener, en si tiene partes cuáles son, etc. Pero no hay que discutir sobre si es una forma o no. La forma es la base (no discutida) de cualquier investigación posterior.

Lo mismo podemos decir, por ejemplo, de una variable de las que se utilizan en matemáticas. Podemos hablar de la variable X sin que sea nada más, sin que tenga otro sentido. Es sólo una forma que tenemos a nuestra disposición.

Pero si este tipo de cosas, las formas sin más, crees que no las hay, parecería lo mejor no empeñarse en usar esa palabra para otras cosas que sí crees que hay... Pero, vamos, parece claro que la forma “haz” es un ejemplo de una forma sin más, que la podemos manejar sin, de momento, darle este o aquel significado.

Eu: Eso es una ilusión que padeces. Porque ahora (como ya te he dicho varias veces) esa forma “haz” que crees aspética, que crees pura forma, aparece cargada de sentido en la charla que tenemos: hace de ejemplo de supuesta forma pura. No puede tener más sentido.

Pero en lo que dices de empeñarse en mantener la palabra “forma”, ten en cuenta que mantenemos los atributos fundamentales que se le dan normalmente. Primero, que es algo re-conocible con claridad. Aunque lo que sí hacemos es despojar ese reconocimiento de cualquier pretensión de demostrabilidad. Esta pretensión nos la quieren colar habitualmente, pero es insostenible: la única demostración o evidencia, en última instancia, de que es el Sr. Morales el que está tocando el oboe, o de que esta finca es triangular, no es sino que creo saber que así es. Además, plantear si lo creen o no los otros, como muy bien entiendes, es una pérdida de tiempo, porque *los otros* son tan poco demostrables como la finca o el Sr. Morales. Así pues, decimos que la forma es reconocida porque nos convence de ello. Basta con eso. Como segundo atributo, está el que lo reconocemos como mezclado en cosas o situaciones diferentes.

Yo: Sí. Pero además dices que las formas sólo aparecen después. La gordura del Sr. Morales, por tanto, no la habrás visto el último día uno que estuvo aquí, sino después, cuando reparas en ella.

Eu: Bueno, lo que he dicho es que si aparecen, aparecen después. Pero lo más importante es que no podemos tratarlos con ellas asépticamente. No se nos presentan a nuestro antojo, ni podemos analizar ninguna situación manejando (como de prueba, o como en hipótesis) un supuesto arsenal de formas que ponga a nuestra disposición el mundo. En verdad, es también una ilusión el imaginar el mundo, las cosas, la realidad, como un banco inmenso de cosas “muertas” que podemos ir recorriendo caprichosamente.

Yo: No sé si entiendo lo que dices. Si puedes poner algún ejemplo.

Eu: Es mentira pensar en algo así como que tú, consciente o inconscientemente, repasaras una lista de personas que pudieran sacarte del extrañamiento del oboísta, hasta que, comprobando una de esas cosas de esa lista, decidieras que te convencía suficientemente para poder decir: “el oboísta es el Sr. Morales”. Esas supuestas listas, o mapas, o bancos de cosas (por ejemplo, la lista de personas que conoces) no las

hay de ninguna manera. El Sr. Morales no se presenta sino es para algo. Podemos decir que no da puntada sin hilo. Somos incapaces de tener tratos con el Sr. Morales-sin-más, o con el Sr. Morales *en general*. Ni podemos tratar con una taza *suelta*. No hay cosas que podamos palpar provisionalmente. No puede ser lo que dicen los anuncios de “venga a verlo sin compromiso”. La vida es in-mediata. No es posible que haya intermediarios. La vida es lo in-mediato.

Yo: ¿No me digas que también sabes lo que es la vida?

Eu: No.

Yo: ¿Qué quieres decir con que la vida es lo in-mediato?

Eu: Otro día lo hablamos, porque, si no, me dices que desbarro.

Lo que quiero insistirte es que, porque no hay esas formas puras, puestas en panoplia, que las pudiéramos empuñar a elección según la estocada que quisiéramos dar, por eso es por lo que “p” no se opone, en verdad, a “b”, ni “rosa” en verdad a “taza”. O en el intento más general, A no se opone a no-A.

Yo: Explícate, porque no lo entiendo.

Eu: Lo intento. Primero digo que es una ilusión la idea corriente de una colección de espadines y floretes dispuestos en la vitrina para que curioseemos en ella, y elijamos el arma que más se nos acomoda a nuestro antojo o a nuestra intención. En esa idea, un espadín se opone a cualquier otro porque, o coges uno o coges otro; y esto netamente. Si empuñas uno es porque no empuñas ningún otro. Si después la espada que has empuñado se rompe, o es muy pesada, podrás decir que te equivocaste en la elección porque no entiendes mucho de armas, o porque hiciste cálculos erróneos sobre tu enemigo, o incluso podrás tener ocasión de volver corriendo a la sala y elegir de encima de la chimenea otra pieza que creas más adecuada. Pero yo digo que no. Que no hay tabla de armas, ni sala, ni chimenea en donde crepiten unos cepos a la vez que tamborileamos morosamente sobre las empuñaduras sin querer acabar de decidírnos a apretar alguna.

Yo: ¿Y entonces qué dices?

Eu: Digo que cuando reparamos en un estoque, está ya chorreando sangre. Algo en medio de la lucha nos ha empujado a fijarnos y reconocer el estoque que llevamos en la mano, pero no podemos librarnos de verlo envuelto en la sangre que gotea de él.

Yo: Espérate, Eulalia. Yo siempre sospecho de todas esas imágenes que en cuanto se continúan un poco más allá de su mero planteamiento, empiezan a emborronar todo, en vez de esclarecerlo. Suele pasar que por intentar mantener la coherencia en la metáfora, nos vamos alejando poco a poco de su instante revelador, y al final nos encontramos defendiendo a duras penas una escena literaria, intentando dejar rescoldos de una supuesta profundidad.

Así que, dime: ¿el estoque que dices, es lo que llamabas tú “forma”?

Eu: Sí. Pero sólo para desprestigiar a las formas puras. No tengo más interés en la palabra.

Yo: ¿A qué te refieres con que reparamos en el estoque chorreando sangre?

Eu: A que no se nos presenta porque sí. Reconocemos cualquier forma despedidos por el sinsentido (mayor o menor) de la situación. Ese sinsentido (al que se le puede decir *duda*) parece que no lo aguantamos mucho, y somos despedidos hacia cosas conocidas.

Yo: O sea, hacia la realidad.

Eu: No, en rigor. Somos despedidos hacia ciertas formas que nos calman de padecer el sinsentido. No nos es dado, ni siquiera, campar por la realidad a nuestro antojo.

Yo: ¿Entonces el estoque y la sangre?

Eu: En la imagen (que puede ser, en verdad, un ejemplo), con lo de la sangre quiero representar la situación que nos dispara a reconocer alguna forma (en este caso, el estoque). Algo que nos falla. Algo que nos extraña. Algo que, de alguna forma, es un sinsentido (y quizá sea ésta la mejor manera de decirlo) nos lleva a lo conocido. Por ejemplo, podemos sentir que el arma que empuñamos no es lo ligera que esperábamos. En ese punto, reparamos que el arma que usamos es el estoque del abuelo. No tenemos ninguna duda. Cuanto más nos sorprende lo poco ligero que nos está siendo, más nos reafirmamos en que ese estoque es ese estoque.

Yo: Entonces, dime: si reconoces que ese estoque es ese estoque que fue de tu abuelo, por mucha sangre que chorree: ¿no está ocurriendo que lo reconocemos a él singularmente, y sin embargo no reconocemos en el arma que empuñas la espada regalo de tu padrino?

Eu: ¿Y?

Yo: Que entonces el estoque se opone a la espada. Porque al reconocer el estoque estás excluyendo la espada ipso facto.

Eu: No, porque si reconoces sin duda ninguna el estoque, entonces no hay espada por ningún sitio. Pero, déjame terminar la explicación que pedías. Cuando digo que el estoque lo ves chorreando sangre, digo que el estoque se nos presenta en intimidad con la situación que nos ha disparado hacia él. Cuanto más reconocemos (para nuestro asombro, por lo pesado que resulta) que ese estoque es él mismo, más se nos presenta esa forma como dedicada a mitigar nuestro asombro por la pesantez de nuestra arma. Así que se puede decir que el estoque se presenta siendo él mismo. Pero eso, afirmar su identidad en auxilio de este sinsentido o de esta situación concreta que vivimos, es lo que lo convierte en un estoque contaminado intimamente con lo que me pasa. Ten cuidado, por tanto, en no pensar que al identificárseme el estoque como tal, esté perpetrando con mi inteligencia una pura abstracción, ni me esté dedicando, sin más, al *arte cisoria*. Necesitamos re-conocer el estoque para que se contamine de actualidad. Donde puede estar la clave de lo que digo es en lo siguiente: si en ese caso que suponemos, también se me apareciera la espada de mi padrino (re-conociéndola, por tanto, como tal) e incluso llegara a dudar, de tan manchando de sangre como tengo el filo, si lo que empuño es la espada o el estoque, entonces ves claramente cómo el estoque y la espada no se oponen en la situación actual: uno y otro están haciendo lo mismo ahora: hacen de arma pesada en mi mano. La evidencia muestra que no se oponen, porque dudo si será uno u otro. En realidad, sólo pueden oponerse en la panoplia. Allí, uno hace de uno sólo si no hace del otro. Pero en verdad no hay panoplias.

Yo: O sea (dejándonos de tanto estoque) que lo que dices es, como hemos dicho muchas veces, que en verdad las cosas no son lo que son. Pero que al hablar o pensar pretendemos que sí lo sean, ¿no?

Eu: No. Tampoco al pensar o al hablar pretendemos que la cosa sea lo que es. No podemos llegar a creer nada semejante. Si contáramos con que la cosa es como es, no se nos ocurriría para nada pensarla ni hablarla. Si de verdad creyéramos que el estoque de la panoplia es tal y como es, no podríamos llegar a verlo en nuestro puño. Para *pensar*, no podemos creernos que las cosas son lo que son.

Yo: Eulalia, esto es muy gracioso. Porque si, por un lado, en verdad no hay cosas que son lo que son y, por otro, tampoco creemos que hay cosas que son lo que son, ¿cómo es que tienen tanto éxito las cosas?

Eu: ¿Quieres decir por qué se oye tanto que las cosas son lo que son, o tienen que ser lo que son para ser cosas de verdad? Pues no sé. A lo mejor fue un bulo que rodó por ahí hasta que los primeros escribanos lo acabaron de sancionar, para tenernos cogidos por la palabra. Pero la verdad es que no me lo explico yo tampoco.

Yo: Bueno, Eulalia. No dirás que no estoy teniendo paciencia contigo esta noche... Pero me parece que tienes que dejarlo ya, porque estás saltándote lo que no veo yo tan sencillo de saltar. Cuando oigo hablar así, como tú hablas, por lo menos tengo que sonreírme. Que la taza tenga que ser taza, y el Sr. Morales esté obligado a ser el Sr. Morales, no es tan fácil de obviar como parece que crees. Te pido que vuelvas en ti. Lo siento, pero no me basta tu repentino desparpajo para dejar de ver un problema donde lo hay. Más honesto y veraz es resaltar la contradicción que parece acompañarnos al hablar. Iluminar una y otra vez esa contradicción es la única forma de luchar contra ella.

Eu: ¿Me has dicho que vuelva en mí?

[En este instante, Eulalia se levantó y cambió de actitud. Su cara parecía más afilada, como su mirada.]

Yo: Sí.

Eu: Pues no quiero. Bastante es que te ha dado a ti un ataque de cordura. Y “cordura” debe de venir de “cuerda”, que es con la que te atas a tu Sr. Morales.

Yo: Me ato y me desato. Nunca se hace bastante contra nuestra fe en las cosas.

Eu: Parece que con esas palabras estás dictando una ley o una condena. Pero yo te voy a liberar de esa condena a través de estas mismas palabras que me oyes: quedas libre con tal de que renuncies a la brutalidad. No pierdas más ocasiones y libérate.

Yo: Me parece que estás ya algo tocada con el licor...¿qué ocasiones he perdido?

Eu: De momento la de librarte del Sr. Morales. Cuando escuchabas aquel concierto y te sobrevino aquella extrañeza, debías haber continuado tu viaje por los aires, acompañando al oboe que se vertía hacia las lejanías. Abandona la brutalidad, y no digas que no se puede obviar al Sr. Morales. Escúchame, que te digo que sí se puede. Es sólo que no te dejes obcecar. ¿Cómo te dejas paralizar por el primer caramelo que te sale al paso? A lo mejor tienes esperanzas puestas en tus libros o en tus cavilaciones. Esperanzas de fuga. Pero mira como la ocasión era más fácil que todo eso; sólo tenías que no haber sido tan cándido. ¿Pero cómo te tragaste eso?

Yo: Eulalia, date una ducha...

Eu: No me dirás que no se te engaña con dos de pipas. Empezabas a volar y te la cuelan con el Sr. Morales, ni más ni menos. ¿No es eso cerrilidad? A mí me parece que se están burlando de ti, porque meterte por medio a un rentista obeso, y que te convenzas tan tranquilamente de que es el que toca el oboe... Cualquiera diría que es que estás deseando que te engañen... Y encima todavía dirás que es normal, que, al fin, hay alguna relación. No necesaria... pero relación. No. Desengáñate. Lo que tienes que hacer es no empeñarte con las cosas que se te pongan por delante. Te quedas en ellas como las moscas en las tiras pegajosas y no te dejan ir. No seas

tozudo; ten en cuenta que te puedes ir por cualquier rendija, con tal de que no piques en lo que venga a convencerte.
Yo: Pues voy a empezar por irme a dormir, porque es tu rollo el que ya no me convence más. Puedes acabarte tú la botella...
Eu: Yo no quiero acabarme nada. Sólo quiero una cosa...
Yo: ¿El qué?
Eu: No sé.

Aquí se termina la transcripción de lo que hablé con Eulalia esa noche. Después hubo algunas palabras sin mucho sentido. (¡Qué lejos estaba de imaginar que eran las últimas que nos diríamos!). Yo me metí en mi habitación y me desnudé sentado en la cama, sin meterme dentro. Nuestros últimos minutos habían sido más amargos de lo que pueden dar a entender las palabras. Me quedé con ese gesto exagerado de aturdimiento que había compuesto para Eulalia. Creo que fue el gesto el que me acabó contagiando una especie de aturdimiento y una especie de enfado que no tenía cuando me cerré en mi habitación. Oí como Eulalia se metía en el baño, que está entre nuestras habitaciones. Cerró el pestillo. Yo seguía sentado en la cama cuando oí ruidos escandalosos, algunos como de platillos de orquesta, otros eran golpes secos. Después volvió a abrir la puerta y siguieron los mismos ruidos. Me di cuenta de que estaba sacando al salón el tendedero que estaba en la bañera. Volvió a cerrar. Con el gesto ya destensado, se me ocurrió que podía dar unos golpes con el nudillo del dedo índice en la pared, y decir fuerte : “¿no te irás a duchar ahora?”. Pero no lo hice. En seguida, un chirrido incontinente de la cañería fue seguido por la explosión del calentador en la cocina (el Sr. Morales asegura que esta exuberancia sonora es perfectamente normal). Estuvo un rato duchándose. Cuando cerró el grifo y terminó el estruendo de la cañería, suspiré aliviado. Yo seguía sentado en la cama y sólo escuchaba a veces el ruido al posarse de algún bote o de algún cepillo. Por fin se fue del baño a su habitación. Me quité la ropa y me metí en la cama. Estaba pensando en las cosas tan extrañas que me había dicho Eulalia, cuando oí el golpe de la puerta: se había ido. También muy equivocado, pensé que salía a dar una vuelta. Se me ocurrió de repente que podía asomarme al balcón para decirle algo cuando saliera del portal. Después de tropezarme con el tendedero, atravesé el salón a oscuras. Vi a Eulalia con la bolsa cruzada y el pelo mojado, que ya se metía por la calle del chino.

*Pablo Fernández.
En Madrid. Marzo del 2006.*